

Ambiente y léxico egipcio en Esquilo, *Las Suplicantes*: βαρίς (839, etc.), σινδονία (121), χάμψα (878), Ἴσι (848)

1. Generalidades

La revisión de la nueva edición de Esquilo de Mercedes Vélchez, en la colección «Alma Mater»¹, me ha ofrecido la ocasión de ponerme de nuevo en contacto con el texto de este poeta, que ya me ocupó cuando hice mi traducción, que en realidad suponía una edición puesto que recogía sistemáticamente las variantes por mí adoptadas².

Quiero referirme, aquí, a *Las Suplicantes*, puesto que la edición que comento acepta dos variantes por mí seguidas y aludidas en el título de este trabajo (Ἴσι en 848, conjetura mía, y χάμψα en 878, conjetura de Ellis aceptada por mí). Quiero justificar ambas. Pero, de otra parte, el tema me ha llevado a otro más amplio: el del ambiente egipcio de *Las Suplicantes*, dentro del cual se insertan estas dos variantes. Y que explica también el uso de βαρίς y una conjetura que hago ahora: σινδονία, sobre un σινδονία en *M ante correctionem*, gravemente alterado por el corrector de M y, tras él, por los editores modernos. Hay que recordar que M, el Laurentiano 32.9, es la base del texto de *Las Suplicantes*, de él derivan los demás manuscritos, que aceptan la corrección en cuestión.

Son, pues, cuatro términos de origen egipcio y referentes a realidades egipcias (varios de ellos entraron luego en el griego común) los que vamos a estudiar. Pero, como digo, solo se comprenden dentro del ambiente general de la tragedia. Invirtiendo, pues, los términos, voy a comenzar por ésta.

Es claro que *Las Suplicantes* es una tragedia «egipcia»: sus protagonistas las Danaides llegan a Grecia de Egipto acompañadas de su padre Dánao y el poeta les presta características egipcias físicas y de vestido; y al final de la obra entran en

¹ *Esquilo. Tragedias, I. Los Persas*, Madrid 1997; *II. Los Siete contra Tebas. Las Suplicantes*, Madrid 1999.

² *Esquilo. Tragedias, I-II*, Madrid 1966, reedición de 1984: en las pp. 177ss. de ésta se encontrará la lista de las variantes que sigo, que ha quedado desatendida por los editores de Esquilo. En relación con esta edición publiqué algunos artículos sobre texto e interpretación de Esquilo: *El tema del león en el Agamenón de Esquilo (717-749)*, «Emerita» XXXIII (1965) 1-15; *La Circe de Esquilo*, «Emerita» XXXIII (1965) 229-242; *Aeschylea*, «Emerita» XXXIV (1966) 61-75. Más tarde, otros de tipo general sobre el mismo poeta.

escena el Mensajero egipcio y (creo yo) un coro egipcio que danza con el de las Danaides³. Nada extraño que, en relación con estos personajes, se introduzcan motivos egipcios, ni más ni menos que en *Los Persas* se introducen motivos persas.

Añádase que Esquilo es muy aficionado a lo exótico en general y a la geografía exótica en particular: piénsese en las descripciones geográficas de Asia en *Las Suplicantes* y *Prometeo* (en relación con el Océano y con los viajes de Io, un tema común con *Las Suplicantes*) y en el tema de la llama mensajera en *Agamenón*. Hay una cierta amplitud generalizante, lo egipcio queda dentro del marco más amplio de lo exótico. Y no deja de ser notable la coincidencia con los gustos de Heródoto: βᾱρις, ἰσις y χάμψα no reaparecen en la literatura, después de Esquilo, hasta Heródoto.

De este tema del ambiente «egipcio» de *Las Suplicantes* ha escrito Garvie, con aducción de bibliografía⁴: aunque se puede espigar mucho más. Me refiero muy sumariamente a la descripción de las Danaides y los egipcios en la tragedia: pues cuando se habla del Egipto mítico hay, en realidad, clara referencia a los egipcios contemporáneos. Los principales rasgos son como sigue:

Danaides. Se destaca su piel negra, quemada por el Nilo, su aspecto «no griego»: vv. 7, 155s., 234, 496; su vestido (peplos y diádemas) tampoco es helénico (236ss.), su lenguaje es bárbaro (119); semejan más bien libias o mujeres del Nilo o chipriotas y hasta indias y amazonas (280ss.) En este ambiente encaja el «velo de lino» que proponemos. Son extranjeras, jóvenes y bellas, fácil presa de los hombres (994ss.); y son tímidas, están aterrorizadas. Pero son griegas de origen, no quieren ser esclavas de los egipcios (335: «los hijos de Egipto») son al tiempo una referencia mítica y una contemporánea.

Egipcios (referencia, insisto, mítica y contemporánea). Se definen por oposición a los griegos: beben cerveza (953), cultivan el papiro en vez de la espiga (761), honran a los dioses del Nilo y no a los griegos (893, 922, cf. nuestra propuesta «oh Isis»). Sus miembros son negros y sus vestidos blancos (719ss., 745); su barco es la βᾱρις egipcia. Sobre todo: su característica es la *hybris* (82, 105, 518, 816, etc.); son «locos, insaciables de batalla» (741, 768), «engañadores, impuros» (750, 769), «sacrílegos» (751), «guerreros» (849). Y esto se confirma con la actitud amenazante del mensajero y del coro (825ss.): corren frenéticos, van a desgarrar los vestidos de las Danaides, a arrastrarlas de los cabellos, hasta a cortarles la cabeza (841). Al rey le amenazan con la guerra.

De ahí la comparación constante con monstruos frenéticos: los egipcios son literalmente «monstruos» (760), «cuervos» (742), «serpiente de dos pies» (895), «desvergonzados como perros» (768), se habla de «la araña» (87). En este ambiente encaja el cocodrilo que proponemos.

³ Así en mi edición y en la de Mercedes Vilchez (véase su análisis en II 102ss.). Véase, antes, G. Murray, *Esquilo, creador de la tragedia*, trad. española, Madrid 1943, 65ss. Otros atribuyen al Mensajero egipcio los versos que nosotros atribuimos al coro egipcio.

⁴ Cf. A.F. Garvie, *Aeschylus' Suppliants: Play and Trilogy*, Cambridge 1969, 156ss.

Todo esto responde a los fenotipos cargados de prejuicios entre pueblos extraños: coincide con tópicos griegos generales, pero es en Esquilo donde primero aparece. ¿Por qué? Se ha tratado de buscar explicaciones circunstanciales. Desde luego, el ponerlo en relación con la expedición ateniense a Egipto no convence, pues fue posterior a *Las Suplicantes* y, además, a favor de los egipcios. Garvie⁵ alude a la presencia de egipcios en la flota persa en Salamina, pero esto no es suficiente.

En realidad, las relaciones entre griegos y egipcios vienen de lejos y de ahí viene la idea griega de Egipto, que oscila entre la admiración por la antigüedad de su cultura y por las «maravillas» de Egipto (Hecateo, Heródoto) y una acusación generalizada de crueldad y mentira.

Prescindiendo de época micénica y de la de los «pueblos del mar», para las que también hay datos, la relación más estrecha viene del siglo VII a.C., en el reinado de Psamético (663-609), que independizó Egipto de los asirios con ayuda de mercenarios griegos. La presencia de mercenarios griegos fue desde entonces constante, los participantes de una expedición de en torno al 590 dejaron sus nombres en la pierna de una estatua colosal de Ramsés II, en Abu Simbel. Luego en el 610, aproximadamente, los milesios fundaron la colonia de Náucratis, que centralizó las relaciones comerciales de Grecia y Egipto.

Igual política siguió Amasis (569-526), cuyas relaciones con Polícrates y los griegos en general son bien conocidas. Se casó con una mujer griega de Cirene, conquistó Chipre, dedicó estatuas en Cirene, Rodas y Samos, contribuyó a la reconstrucción del templo de Delfos y admitió en Egipto una numerosa población griega que edificó templos griegos en Egipto. Y hubo influjo egipcio en Grecia, por ejemplo, en la escultura dedálica de Creta.

Sin necesidad de entrar en detalles, es claro que hubo múltiples ocasiones para que se conocieran griegos y egipcios. Salamina fue una de ellas. Y para que surgieran los prejuicios y, también, la admiración que sabemos, presente en Hecateo.

Por otra parte, en época de Esquilo Egipto era una provincia de Persia y quedaba así incluido dentro del ambiente «oriental», hostil a Grecia. Los viajes de Io en *Las Suplicantes* y *Prometeo* son una geografía, en contexto mítico, del imperio persa. Nótese que algunos identificaban a Io con Isis⁶.

El hecho es que Esquilo, en su trilogía relativa a las Danaides, halló motivo claro para hacer intervenir, a través de personajes míticos como Egipto y los hijos de Egipto, al Egipto contemporáneo, visto, por supuesto, a través de los ojos de los griegos. Se anticipó a Heródoto y a la época helenística, en que el influjo egipcio en Grecia fue ya grande: se introdujo el culto de Isis, por ejemplo, desde fines del siglo IV.

E introdujo un cierto léxico egipcio que se refiere, por supuesto, a elementos

⁵ O.c. 156.

⁶ Aunque no es clara la fecha de esta identificación, véase Garvie, o.c. 173.

culturales egipcios. La βᾶρις o barca egipcia nos permitirá datar aproximadamente la entrada al menos de uno de ellos.

2. βᾶρις, 'barca egipcia'

Este es el nombre que se da al 'barco' egipcio que, acompañado de otros, intenta raptar por la fuerza a las Danaides. El corifeo les dice (839) que entren rápidas en el barco, en el barco egipcio, se insiste (873): es calificado como «de curvos costados» (882). Es siempre βᾶρις.

Esta palabra, tras Esquilo, está en el libro II de Heródoto, referente siempre a un barco de transporte egipcio apto para bajar el Nilo, no para remontarlo: cf. II 41, 60, 96, sobre todo este último pasaje, donde afirma que βᾶρις es el nombre egipcio del πλοῖον de transporte. Aparece luego en otros autores y en papiros. Todos los etimólogos califican la palabra de egipcia⁷. Los trágicos griegos utilizaron la palabra para todo barco persa o «barbárico» en general: cf. Aesch. *Pers.* 553, 1075, Eur. *IA* 297; hasta para la balsa de Odiseo en Licofrón 747⁸.

Paralelamente, es notable que Esquilo, en *Las Suplicantes*, alterna libremente esta palabra, hablando de barcos egipcios, con πλοῖον (714) y ναῦς (719, 742, 861), términos genéricos; y con una enigmática palabra ἄμις (841, 848). Es claro que está ajeno al antiguo sentido de 'barco fluvial de transporte'. Le ha llegado la palabra, pero la usa ya en el sentido amplio de 'barco' de un tipo oriental o exótico.

La palabra pasó, así, en Grecia del sentido propiamente egipcio al más amplio de «barco oriental, exótico». Como sucedió cuando se englobó lo egipcio, también en otros casos, en ese amplio contexto, según vimos. Hay, pues, un «egipcianismo» un tanto ampliado o deformado, Esquilo se contenta con un simple tono o ambiente vagamente egipcio. Pasa algo semejante en *Los Persas* con el ambiente persa.

Sin embargo, parece claro que en un comienzo, antes de Esquilo, βᾶρις debió de ser, exclusivamente, la barca fluvial de transporte, de poco calado, a veces de papiro, que los griegos habían visto en Egipto. ¿Cuando fue traída la palabra a Grecia?

La fonética de βᾶρις nos suministra un testimonio precioso: en ella la ᾱ no se hizo η como es habitual en jónico-ático porque es de una fecha relativamente tardía, ni más ni menos que sucede con el persa *Dārayavauš*, hecho Δᾶρειος. En cambio, un nombre de importación anterior, el de los medos (*Māda*), pasó en ese dialecto a Μηδος.

⁷ Cf. M. Merzgora, «Aegyptus» X (1929) 127s.; A.G. McGready, «Glotta» XLVI (1968) 249; M.D. Conomis, «Hellenika» XXXIV (1982/1983) 177 y 288-291; J.-L. Fournet, *Les emprunts du grec à l'Égyptien*, «BSL» LXXXIV (1989) 55-80.

⁸ Más detalles en G. Björck, *Das alpha impurum und die tragische Kunstsprache*, Uppsala 1950, 67s. Y más datos en *DGE* III (1991) s.v. βᾶρις.

Las fechas exactas no son fáciles. Pero es claro que los griegos conocieron el nombre de los medos por lo menos desde la conquista de Sardes por Ciro, el 546; quizá mucho antes. En cuanto al nombre de Darío, llegó a Grecia después del 521, inicio de su reinado. Pienso que es a fines del siglo VI cuando se introdujo βάρης en Grecia: quizá después del 525, época de la conquista de Egipto por Cambises, que permitía la confusión de lo egipcio, lo persa y lo exótico u oriental en general. La confusión, quiero decir, para quienes, como Esquilo, vivían en Grecia, lejos de Egipto y sin relación estrecha con su vida. Con conocimientos lejanos y de oído. Esquilo nació en el 525: βάρης es una forma que oyó en su infancia, recién introducida.

En todo caso, no deja de ser interesante encontrar la palabra, en Esquilo, unos treinta años antes de Heródoto, que da noticias mucho más precisas, puesto que visitó Egipto.

3. σινδονία, ‘de lino’

En *Suppl.* 121, en la *párodos*, en todas las ediciones se lee Σιδονία καλύπτρα: el coro de mujeres, se nos dice, «cae [...] envuelto en velo sidonio». Pero ese velo es de lino (120 ξὺν λακίδι λινოსινεῖ) y lo mismo puede deducirse de 433 πολυμίτων πέπλων. El lino se usa igualmente para las velas del barco (134 λινορροφῆς τε δόμος). Me seducía la idea de encontrar en dicho verso 121 un σινδών o tela de lino, una palabra egipcia luego difundida en Grecia y más allá de Grecia⁹ y que conoce Esquilo: aparece en un fragmento, el 153 Radt (de *Las Nereidas*): λεπτός δὲ σινδών ἀμφιβαλλέσθω, posiblemente referente al lienzo que envolvió el cadáver de Patroclo¹⁰. Se encuentra en Heródoto II 86 para la sábana que envuelve las momias y es frecuente en papiros egipcios. Pero se difundió pronto y, aparte del testimonio de Esquilo puede darse, entre otros, el del mismo Heródoto I 100, en contexto babilonio. Luego se hizo común en la Antigüedad (para ‘cortina’, ‘venda’, ‘vestido de lino’, etc.). Ha pasado, por ejemplo, al italiano *sindone*, gr. σινδόνι.

Pues bien: basta ir al aparato crítico de las ediciones de *Las Suplicantes* para ver que **M** daba σινδονία antes de la corrección. El corrector eliminó la v e introdujo la iota del dativo: σιδονία, seguido por todos. Pero es infinitamente más verosímil σινδονία, que es mi propuesta. Es métricamente equivalente. Lo acepta la edición de Mercedes Vílchez.

El adjetivo σινδόνιος existe en griego, está en Estrabón XV 1,71, y la sustantivación σινδόνιον se halla desde el siglo III a.C. No hacemos, pues, otra cosa que adelantar su existencia a Esquilo, en un contexto egipcio.

⁹ Cf. A.G. McGready, *o.c.* 350; Fournet, *o.c.* 73s.

¹⁰ Cf. S. Radt, *TrGF* III 185.

4. χάμψα, 'cocodrilo' (con un apéndice sobre κροκόδειλος)

En 879, diálogo lírico entre el coro de los egipcios y el de las Danaides, los primeros persiguiéndolas y empujándolas al barco entre amenazas, las segundas huyendo aterradas, yo leo περί, χάμψα, βρυάξεις. Así ya en mi libro de 1964, en que traduzco «te pavoneas, cocodrilo». Lo acepta la edición de Mercedes Vélchez.

Se trata de una corrección propuesta por Ellis y recogida en los aparatos críticos de Murray y West, pero no aceptada por los editores modernos. Hace sentido perfectamente: las Danaides, a pocos versos de distancia, llaman a su enemigo «araña», «serpiente de dos pies», «víbora», «monstruo» (δάκος): ¿por qué no llamarlo «cocodrilo», el animal emblemático de Egipto, que Heródoto II 69 nos dice que era llamado por los egipcios χάμψα¹¹? La responsión con la estrofa correspondiente es perfecta con tal que se admita una -ᾱ final.

Pues bien, los editores han preferido dejar el texto ininteligible de Μ περιχαμπτᾶ βρυάξεις (así Page, igual Murray y West, pero como corrupto). En los aparatos se encuentran conjeturas totalmente arbitrarias: περιχιμπτᾶ Turnebus, περίκομπτα Bothe, περικαμπτᾶ Salvini. ¿Por qué ese rechazo de una conjetura evidente?

La única razón posible que se me ocurre es que se piense en una -ᾱ final de χάμψα: el verso (UU – UU – –) exige la breve. Pero una breve es lo que existe, el jonio de Heródoto, si no, habría dado -η. La palabra egipcia, por lo que dicen los etimólogos que acabo de citar, tenía un *msh* que a veces se metatetizaba: los griegos añadieron la vocal final para adaptarla a su morfología. Y siguieron, evidentemente, el modelo de las numerosísimas palabras en -ζα y -σσα del tipo de τράπεζα, μέλισσα, θάλασσα¹², también κνῖσα, δίψα, νύμφα, etc. Así, los griegos vieron el cocodrilo, en esta transcripción del egipcio, como de género femenino.

Hay que dar la razón, una vez más, como en el caso tratado antes, al excelente manuscrito M, que el único error que cometió, por causa de desconocer la palabra, es cambiar -σα en -τα, introduciendo un imposible participio. Estos desconocimientos de hecho fueron los causantes de errores como los que alteraron σινδονίᾱ y (veremos) el nombre de Isis. Pero hay que estudiar todas las posibilidades que ofrece un manuscrito excelente antes de despenarse por el camino de las conjeturas arbitrarias¹³.

El cocodrilo es, como decía arriba, el animal emblemático de Egipto, país

¹¹ Sobre la etimología egipcia, véase R. Renahan, «Glotta» XLVI (1968) 63 y *Greek Lexicographical Notes*, Göttingen 1975, 204; J.-L. Fournet, «BSL» LXXXIV (1989) 68.

¹² Véase Schwyzler, *GG* I 473ss.

¹³ Véanse mis críticas al exceso de conjeturas en algunas modernas ediciones inglesas, entre otros lugares, en *Volvamos al léxico y la sintaxis de los manuscritos. A propósito de Eurípides, Medea y Cíclope*, en F. R. Adrados-A. Martínez Díez (edd.), «Actas del IX Congreso Español de Estudios Clásicos, IV, Literatura Griega», Madrid 1998, 317-322 (con bibliografía).

visto por los griegos como lleno de maravillas y de monstruos. Querría recordar la fábula del «Asesino» (32 Hausrath): el protagonista huye de los parientes del muerto, pero al llegar al Nilo ve a un león; huyendo ahora de él se sube a un árbol, donde encuentra una serpiente. Se arroja al suelo desde el árbol y acaba devorado por un cocodrilo. Este es el ambiente egipcio (el Nilo, la serpiente, el cocodrilo) que hallamos en *Las Suplicantes* y, por supuesto, en Heródoto¹⁴.

Pero, una vez más, Esquilo anticipa en más de treinta años la presencia de una palabra cuya historia hasta ahora no comenzaba hasta Heródoto. El cocodrilo era, evidentemente, una de las noticias de Egipto que antes llegaron a Grecia.

Esto nos da motivo para una digresión. En el pasaje citado Heródoto nos cuenta que χάμψα es el nombre egipcio del animal y que los jonios los llamaron cocodrilos (κροκοδείλους) «por comparar su aspecto con los ‘cocodrilos’ que en su país se encontraban en los setos»: es decir, con los lagartos. Sería algo así como cuando los españoles llamaron lagartos, en América, a los caimanes: aplicaban a la nueva fauna el nombre de la europea. Aunque hay quien ha pensado que no dejaba de haber una cierta ironía en llamar «lagarto» a una bestia enorme, como cuando a las pirámides se le aplicó un nombre del πυραμούς o ‘pastel’, por su forma.

Es claro que los griegos rechazaron pronto el nombre egipcio (no hay más testigos que Esquilo y Heródoto) e introdujeron uno griego. Pero la verdad es que la etimología ofrece ciertas dudas. Hay algún testimonio de κροκόδειλος, ‘lagarto’ en Grecia (en Arist., LXX, Strab., véase LSJ⁹, prescindiendo de las variantes -ει- / -ι-), no muchos. Y los hay de δρῖλος y δρεῖλος, que todos los autores colocan en la etimología del animal (escrito a veces κορκόδιλλος)¹⁵: es traducido ya como ‘lagarto’, ya como ‘gusano’. En κροκόδιλος hay, a todas luces, una pérdida de la segunda p por disimilación. No se entiende, entonces, muy bien la necesidad de κροκο-, ‘azafrán’: no responde muy bien al color del animal europeo ni al del egipcio; ni se ve que introduzca una distinción entre el lagarto y el cocodrilo.

Pienso que la solución puede estar en una forma anterior κερκύδιλος (jonio por *κερκόδιλος) ‘lagarto’ en Hiponacte 40 y 136¹⁶, también κρεκό- en los *Etimológicos* que lo transmiten. Pienso que es ‘lagarto de cola larga’, ni más ni menos que κερκοπίθηκος (Strab. XV 1,29 y Plin. *NH* VIII 72) es ‘mono de cola larga’. Las formas κορκο- (frecuentes) y las κροκο- son, creo, secundarias respecto a κερκο-:

¹⁴ Más detalles sobre esta fábula, dictada a los alumnos en las escuelas del Egipto griego y romano, y su transmisión en mi trabajo *Nuevos testimonios papiráceos de fábulas esópicas*, «Emerita» LXVII (1999) 4ss.

¹⁵ Cf. I.C. Beavis, *Insects and Other Invertebrates in Classical Antiquity*, Exeter 1988, 2; O. Masson, «MH» XLIII (1986) 255 y «REG» CVIII (1995) 155. Nótese que tanto Κροκόδιλος (y Κορκο-, lat. *Corco*-) como Δρῖλος son nombres de persona, principalmente en Egipto. Cf. la bibliografía citada sobre ambas palabras así como É. Bernand, *Inscriptions métriques de l’Égypte gréco-romaine*, Paris 1969, 223ss.; *SEG* XXXII (1985) nr. 97; H. Solin, «ZPE» CV (1995) 79.

¹⁶ Cito por la edición de E. Degani, Leipzig 1983. De ella proceden los datos que siguen.

productos de una asimilación favorecida por el cruce con κρόκος ‘azafrán’ ‘color azafrán’. Postulo, pues, *κερκόδριλος > *κερκόδιλος, *κρεκόδιλος > κορκόδιλος, κροκόδιλος.

En todo caso, parece claro que este nombre griego no le llegó todavía a Esquilo, que se quedó con la transcripción del nombre egipcio, más tarde rechazada por los griegos.

5. Ἴσι

Hasta aquí he hablado de βᾶρις, bien conocido y aceptado; de σινδονία, mínima corrección mía a **M**; de χάμψα, corrección mínima a **M** igualmente, ésta de Ellis, que me he limitado a defender. Todo ello aumenta el ambiente egipcio de *Las Suplicantes*. Añado una conjetura mía que añade, a la mención general de los dioses del Nilo, la más concreta de Isis. Si es cierta, una vez más Esquilo se anticipa a Heródoto. Luego, como he dicho, a partir de fines del siglo IV, el culto de Isis se introdujo en Grecia, en principio por obra de los egipcios allí residentes.

Se trata del verso 848, al comienzo del mismo coral ameebo de egipcios y Danaides: son los egipcios, amenazantes, los que, tras decir a las Danaides que las arrojarán ensangrentadas al barco, añaden ησνδουπια τάπιτα, palabras con que los editores no saben qué hacerse: Murray y Page las dejan en el texto (como corruptas). Hay diversas conjeturas, de las que West elige una ἥσυχ' οὖν, ἔα τάπιτά traducible, quizá, por «con calma, deja lo que viene después», que no veo cómo encaja en este contexto excitado: solo apruebo el τάπιτά, que es una buena interpretación del texto de **M** por el escoliasta.

Nada más lógico que el que los egipcios invoquen a Isis, como las Danaides invocan, en ese mismo coral, a los dioses griegos. El «color local» recibe un apoyo más.

La lectura implica una palabra nueva, un adjetivo δοῦπιος. Pero es una formación absolutamente normal a partir de un término épico δοῦπος que se refiere al ruido del combate o a un ruido repetido y fuerte. Aparece en Esquilo en *Choe*. 376: es el ruido de Orestes y Electra golpeando repetidamente, con pies y manos, el suelo para llamar a su padre. Aquí es el ruido de la persecución del coro de las Danaides por el de los egipcios.

El copista, evidentemente, no ha entendido el pasaje: ha dado una *scriptio continua* que no se atreve a interpretar. Pero me parece evidente que bajo el ησν- inicial hay fenómenos de iotacismo: yo leo Ἴσι, δοῦπια τάπιτά «Isis, ruido de lucha ahora habrá». El copista de **M** nada sabía de la religión egipcia, no entendía el nombre de Isis y confundía, itacísticamente, iota y eta, iota e hípilon (confusión antigua la primera, bizantina la segunda: del siglo X, la época precisamente del manuscrito). Así, no proponemos propiamente hablando una corrección: basta leer el texto de **M** con pronunciación bizantina para oír la palabra «Isis».

6. Conclusión

Creemos haber añadido algunos datos al ambiente «egipcio» de *Las Suplicantes* y al léxico que lo expresa. Y siempre con atención al manuscrito **M** o con leves correcciones al mismo, que no entendía ya ciertos términos relativos a la cultura egipcia.

Es claro que a Esquilo le interesaba mucho el entorno exótico que rodeaba a Grecia: el del imperio persa y, dentro de él, el de Egipto. De aquí le habían llegado, desde su nacimiento en el 525, noticias. Pero su conocimiento es un tanto vago: no sabe el verdadero sentido de βασις, que, por otra parte, se acababa de introducir en Grecia. Y anticuado: se queda con χάμψα, no conoce aún el nombre griego del cocodrilo.

En todo caso, entraba en su técnica poética esta ambientación lejana y exótica de sus tragedias, que añadía a los motivos procedentes del mito, la combinaba con él. Implicaba una entrada de vocabulario no griego, como el que hemos estudiado.

Madrid

FRANCISCO R. ADRADOS